

Elías Canetti y el imperio en el aire

El escritor que se esconde

En 1979, a punto de viajar hacia Zurich, llamé por teléfono a Canetti, esperando que estuviera en casa y pudiera volver a verlo. Nadie respondió. Intenté con el número de su viejo departamento de Londres, ciudad donde había vivido, oscuro e ignorado, desde 1939, cuando huyó de la ocupación nazi en Viena, y donde nos habíamos visto por primera vez. Al escuchar mi nombre, la voz de una vieja señora inglesa me anunció gentilmente que Canetti se pondría enseguida y así lo hizo, cordial y afectuoso. Explicó que se había retirado a Londres, lejos de la familia, durante algunas semanas, para terminar un libro y tornarse imperceptible según su deseo o necesidad. Sobre todo, para aislarse. «Más aún», agregó tras una pausa, «hace un momento era yo mismo quien le hablaba, discúlpeme...».

El poeta que había dedicado páginas inolvidables a la metamorfosis, se había transformado, por un momento, en su inexistente ama de llaves. Quizás, antes de volver a su identidad y retomar el teléfono, había dado una vuelta por la habitación; ciertamente, se había revelado como un maestro en el arte de jugar a solas, y contra sí mismo, con toda la seriedad y la hilaridad del auténtico juego.

El Premio Nobel otorgado a Canetti en 1981 honró a dos escritores: el que se esconde y el que reaparece, el que se retrae y el que dialoga. Uno de ellos es un genio misterioso y anómalo, tal vez desaparecido e inaccesible, para siempre, en su secreto: es el escritor que en 1935, a los treinta años, publica, fulmineo e inobservado, uno de los grandes libros del siglo, *Auto de fe*. Este libro, el único verdaderamente grande entre los suyos, gustó a Musil y a Thomas Mann, tuvo una recepción inteligente y desapareció durante treinta años de la escena literaria, a pesar de dos ediciones de posguerra, que cayeron en el vacío. Será redescubierto y saludado como un escritor nuevo y desconocido, al reeditarse en 1963, pero la notoriedad no llegará para Canetti sino mediados los años setenta.

Tras el fracaso de *Auto de fe*, Canetti, autor ya de un drama, se niega a la invención poética y se dedica durante décadas al gigantesco estudio de

un proceso que, en la edad contemporánea, parece transformar, como si fuera una mutación antropológica, la identidad milenaria del individuo. El resultado será el volumen *Masa y poder* (1960), una investigación grandiosa, visionaria y acaso monstruosa, de estos dos fenómenos, llevada a través del estudio de los mitos y de la historia humana, pero también a través de un implacable desenmascaramiento del impulso de dominación y disolución que anida en los gestos más habituales de la convivencia: comer, hablar, moverse.

Auto de fe es una gélida e inexorable parábola de la enfermedad moral contemporánea, del delirio que parece haber subvertido la razón del siglo. Es la tragedia grotesca de «la cabeza sin mundo», de la inteligencia que, por miedo a la vida, se atrinchera obsesivamente contra las amenazas y seducciones de la vida y se consagra así, con maníaca y autolesiva defensa, a la muerte. En un ensayo dedicado a Karl Kraus, Canetti ha evocado la imagen de la muralla china, la cual, construida para defender el imperio ante los bárbaros, es reforzada y ampliada cada vez más, a medida que aumenta el miedo, hasta que termina por sofocar entre sus piedras al imperio que pretende defender, que acaba absorbido y sepultado en la muralla, reducido a ser muralla.

La novela es la historia, trágica y trágicamente cómica, del individuo que se construye esta coraza hasta que él mismo se convierte en coraza y perece, matando el bullicio del mundo en el orden cementerial de la biblioteca y reprimiendo todo deseo y toda seducción, porque teme que la fascinación del amor lo sustraiga de su coraza, de su trinchera de estantes y de clasificaciones culturales, y lo arrastre en el flujo caótico y múltiple de la realidad. El doctor Kien, héroe de la novela, se educa en la ceguera, para no ver las innumerables agresiones de las cosas, y se complace advirtiendo cómo los lomos de los volúmenes encuadernados esconden, bajo una aparente inmovilidad, los miles de «electrones enloquecidos» que los componen; Kien es el desopilante y doloroso retrato de cada uno de nosotros, el espejo de las fobias y los ritos en los que perdemos la vida con tal de controlar nuestro miedo.

Auto de fe representa con absoluta coherencia una total falta de amor, un mundo locamente despojado y esterilizado de todo deseo; la paranoia impide a los hombres proyectar sus afectos sobre la realidad que los circunda, mirar las cosas, los cuerpos y los rostros con la pasión que los dota de encanto. La angustia de la muerte y la obsesión del poder, que nace por reacción contra aquella angustia, han aniquilado toda carga afectiva.

Esta representación de la vida como desierto del amor, nació de un amor profundo, que quería denunciar aquel vacío con un rigor que no admite ninguna indulgencia, ningún consuelo, ninguna blandura; esta es la tensión que anima también los espléndidos aforismos de Canetti y sus

dramas. Tal rechazo por pulir las asperezas hace que el libro, aún hoy, resulte desagradable y hostil a quien no consigue sentir cuánta riqueza vital se esconde tras aquella fábula del delirio que induce a los hombres a amar la muerte.

Auto de fe es un libro que no admite juicios moderados: hay lectores que en él se reconocen a fondo, como en un gabinete de espejos deformantes, y que lo sienten como una Biblia cotidiana, y hay lectores que se retraen, con desconcierto y rechazo. Es una obra excéntrica y rara, que no se deja encuadrar en ningún preciso esquema literario o ideológico, y que por ello tardó mucho en ser comprendida. En 1976, intentando explicarla a los estudiantes de la universidad de Estocolmo, sentí la incomodidad de quien se aproxima a un libro que parece una novela y la excede con mucho. Poco antes, los alumnos y doctorandos que estudiaban a Canetti y reunían las reseñas de sus libros aparecidas en distintos países, se divertían advirtiendo el embarazo de los críticos, que no acertaban a coger el toro por los cuernos.

Auto de fe subvierte las perspectivas desde las cuales estamos acostumbrados a ordenar la realidad. El título original, *Die Blendung*, significa «el deslumbramiento», la ceguera del hombre que no contempla el mundo desde lo alto, sino que se siente agredido y alterado por él, tanto que se ve obligado a mirar las cosas desde una distancia nula, en un caos furibundo y deformante que el narrador representa con lucidez surreal. El órgano privilegiado de la experiencia no es ya la vista, el sentido noble que desde Aristóteles es el instrumento ordenador por excelencia de la cultura occidental, sino el oído y el olfato, expresiones de la inmediatez sensible del cuerpo, de lo físico y animal. La novela de Canetti representa —o, por decirlo con sus palabras: «exaspera con precisión»— una realidad disgregada, que ignora todo orden y jerarquía de valores.

Este escritor, absoluto y desaparecido, no habría conseguido el Nobel sólo con esa obra sin concesiones y renuente a toda historia literaria. Para que *Auto de fe* fuese entendida y aceptada era quizá necesario otro escritor, el que fue lanzado a los escenarios treinta años más tarde, acompañando a la fortuna de su libro como si fuera póstuma. Es el Canetti de los ensayos y la autobiografía, de las entrevistas y los discursos; un Canetti que se explica e ilustra a sí mismo, con inteligentísima maestría, que narra su formación plurinacional y poliglota, desde su nacimiento en Ruscuk, en Bulgaria, en 1905 y en una familia judía, hasta las experiencias sucesivas, y que comenta su propia obra. Es como si Kafka hubiese vivido para ver el descubrimiento de *El proceso*, un Kafka viejo y airoso que hiciera de guía en su propio laberinto.

Esto ha permitido a Canetti decir abiertamente lo que en *Auto de fe* subyacía celosamente oculto: el amor por toda palpitación vital y por toda libertad, la defensa de la metamorfosis y del devenir contra cual-